

En una Silla de Ruedas

DE LA AUTORA



PUBLICADAS:

Las Fantasías de Juan Silvestre.

EN PREPARACION:

Había una vez... } *Comedias.*
La Niña Sol }

BIBLIOTECA COSTARRICENSE

Ediciones de la "Librería Tormo"

En una Silla de Ruedas

por

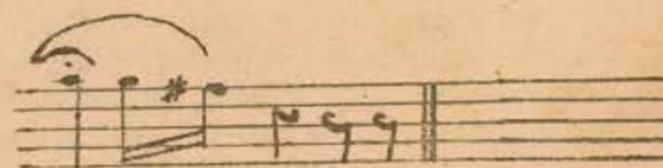
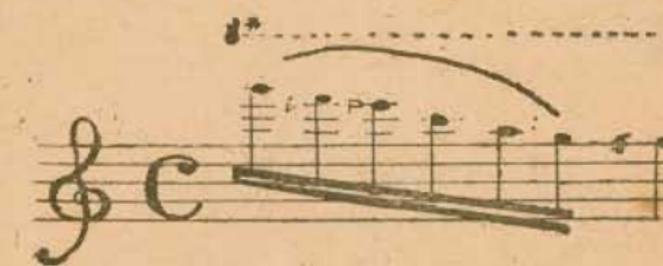
Carmen Lira, 1888-1



IMPRENTA Y LIBRERIA TORMO

Avenida Central, frente al Banco Mercantil

SAN JOSE, COSTA RICA



La música del Afilador



Así fué...

CUANDO llegó esta desgracia, Sergio aún no había cumplido sus dos años.

Una mañana la madre abrió la ventana del dormitorio y el niño permaneció quieto en su camita, como si el sol no hubiese entrado en la habitación sorbiéndose la oscuridad que la llenaba. No hubo como todos los días, frotamiento de ojos, risas torpes porque aún tenían las alas metidas en el sueño, ni brazos impacientes que se agitaban en reclamo del cuello materno. Se le hubiera creído muerto, si la mirada de sus ojos no se hubiese tendido llena de angustia hacia su madre.

El pequeño se acostó alegre. Antes de dormirse jugó y retozó en el regazo de la vieja Canducha; cuando ella acomodó la cabeza de Sergio en la almohada y subió el embozo para que no pasase frío, aún no se había cerrado en su boca la risa.

Al abandonarse al sueño, parecía una vida que iba al encuentro del sol, pero al despertar, era una vida a quien la suerte dejó en el país brumoso de la Tristeza. Qué hada maléfica se deslizó entre el silencio de la noche hasta la cama de Sergio y vació su rencor en esta existencia que comenzaba a abrirse?

Se llamó al médico. Su diagnóstico fué, de que se trataba de un caso de la Parálisis de la mañana de West.

Lograron salvarle la vida, pero la enfermedad no quiso abandonar las piernas.

El anciano doctor que lo vió nacer exclamó alegremente, cuando Sergio llegó a este mundo, al mirarlo tan bien conformado:—Bienvenido, muchacho! Se ve que Nuestro Señor estaba de buen humor cuando te hizo. He aquí uno a quien nos mandan bien armado para ir por este valle de lágrimas.

Pero el tiempo vino a demostrarle que por más médico que fuese, no tenía nada de profeta: él mismo fué quien días después, con voz apenada, dijo a su colega que acudió a ayudarlo a estudiar aquel caso, mientras movía en todos sentidos las piernecillas marchitas:—Miembros de polichinela, amigo mio. Un cul-de-jatte para mientras viva—añadió en francés, para que la madre que estaba presente no comprendiese.

¡Un cul-de-jatte! Y Sergio sonreía al médico que a la cabecera de su cama le auguraba un destino muy diferente de aquel que entreviera el día de su nacimiento.

Mas tarde se pidió para él a los Estados Unidos, una silla de ruedas, invento de un enfermero. Era una silla que mediante cierto mecanismo, podía ensanchar asiento y respaldo y que podía servir para un niño o para una persona voluminosa. Un aparato que crecería conforme Sergio lo necesitara.

Estaba hecha de madera y de acero labrados; tenía adornos dorados y los almohadones forrados en terciopelo. Todo en ella era pulido y reluciente, y sin embargo era un mueble triste.

Jamás Cinta, la madre de Sergio, ni Canducha, olvidaron el primer día en que el chiquillo fué colocado en la silla, entre almohadones muy suaves. El pobre reía y palmoteaba como si se tratara de un juego.

La vieja criada se enjugó los ojos, a las escondidas, con la punta del delantal:—Virgen de

los Angeles! Que el niño Sergio no se quedara siempre en aquella silla! Que hiciera un milagro! Ella le ofrecía unas piernas de oro que iría a colgar en su altar, apenas viera que el chiquillo decía a andar como los cristianos!

Cinta era quien empujaba la silla. La rodó hacia el jardín y el chirrido que hicieron las ruedas en la arena, se le metió en el corazón como un dolor.

Pasaron algunos años y el milagro que anhelara Canducha, no se realizaba. Muchas veces los dorados de la silla perdieron su brillo y se hicieron relucir nuevamente y muchas veces también los almohadones de terciopelo fueron renovados. El niño continuaba en ella; el asiento y el respaldo se ensanchaban conforme el cuerpo lo exigía.

Era una de esas figuras que no se olvidan nunca: moreno y pálido, con una palidez que hacía pensar en la de las flores que se abren en la sombra. Su frente amplia y su nariz recta, prometían un noble perfil de varón. Sus ojos grandes de córnea muy blanca parecían dos pocitos de agua sombreada; las pestañas muy largas y muy negras, ponían en ellos una dulzura melancólica. Cuando las levantaba para posar su mirada en alguien, se sentía la impresión que deja una caricia. El cabello abundante, negro y lacio, se lo dejaba la madre crecer de modo que le cubriera las orejas y así, se lo recortaban en torno del cuello delicado y frágil.

La inquietud y la alegría de la infancia, prisioneras en este cuerpo condenado a vivir en una silla de ruedas, asomaban siempre por sus ojos y por sus labios, como esos traviesos rayos de sol que en un día oscuro saben abrirse camino a través de la lluvia y de la niebla. Era

tranquilo con esa tranquilidad resignada que tiene el agua en los remansos y que uno sabe inquieta y cantadora en las pendientes y entre las piedras.

Todas las energías que tenía su cuerpo para ser empleadas en los movimientos incesantes de la niñez, habían venido a colmar su cerebro y su corazón, de donde salían serenas a refrescar lo que constituía su mundo. Desde su silla velaba por todos y por todo: por su madre, por sus hermanitas, por Canducha, por Miguel. Y como si su amor no se conformara con los seres humanos, iba hasta sus palomas, sus conejitos, sus plantas. Pasaba las mañanas bajo un naranjo del jardín y en torno de su silla era que los comemaices y los yigüirros armaban sus algarabías. Los comemaices venían a sus hombros y a su regazo a picotear las migas que él ponía allí para ellos.

Trataba a los suyos con un cariño paternal, sobretodo a su madre quien le decía por broma: "Tatica Sergio". Cuando por ejemplo ella se le acercaba y lo llamaba:—"Tatica Sergio"—, él la atraía y le besaba las manos con devoción, pero el tono con que le contestaba:—"¿Qué quiere mamá?"—, se parecía a aquel que toman los padres cariñosos para decir: "¿Qué quieres hijita?".